



Arte y artificio  
de la vida en común  
Los modelos de comportamiento  
y sus tensiones  
en el Siglo de las Luces  
Mónica Bolufer Peruga



Reseña de **BOLUFER PERUGA, M.**, (2019) *Arte y artificio de la vida en común. Los modelos de comportamiento y sus tensiones en el Siglo de las Luces*, Madrid: Marcial Pons. 446 pp., ISBN N° 978-84-16662-68-5.

**Sebastián Perrupato\***

Universidad Nacional de Mar del Plata – CONICET,  
Argentina  
sperrupato@gmail.com

Recibido: 09/12/2021

Aceptado: 19/12/2021

**PALABRAS CLAVE:** Ilustración; sociedad cortesana; vida cotidiana; urbanidad.

**KEYWORDS:** Enlightenment; courtesan society; daily life; urbanity.

Desde que Norbert Elías publicó su célebre libro sobre la sociedad cortesana en 1969 se abrieron innumerables proyecciones para el campo de análisis historiográfico. La preocupación por los comportamientos y las formas de actuar en la sociedad son algunas de ellas. La historia cultural no dudó en retomar la propuesta del sociólogo y hacerla propia, incluso más que la historia social. Los análisis culturalistas incorporaron los planteamientos de la sociología y la antropología para abordar las prácticas cotidianas “entendiendo que los comportamientos (y los sentimientos) se inscriben, en alguna medida, en las convenciones sociales, explícitas o tácitas” (p.12).

---

\* ID ORCID: 0000-0002-4228-9573

En esta línea, el libro de Mónica Bolufer Peruga presenta los resultados de una investigación más amplia denominada “Construcciones del yo narraciones y representaciones del sujeto moderno, entre lo individual y lo colectivo (siglos XVII-XIX)”, financiada por el Ministerio de Economía y Competitividad de España. Es así que la obra que presenta pone a circular no solo la producción actual sobre el tema sino sus propios estudios anteriores en los que ha puesto en evidencia los matices entre diferentes modelos de civilidad.

La autora se propone abordar, de una forma deudora y a la vez crítica, la idea del proceso de civilización en la lógica del *Self control*, incorporando nuevas perspectivas propias del desarrollo de las historias culturales, intelectuales, de las mujeres, de la filosófica y de la crítica literaria. De este modo, los cuatro capítulos de la obra buscan tensionar las nociones Elías en su lógica más pura para complejizar la mirada con nuevos abordajes.

En el primer capítulo, Bolufer se propone retomar el vocabulario propio de la urbanidad, de este modo, analiza la relación entre el lenguaje y las prácticas sociales a partir del campo semántico de los conceptos de la época. Al abrir el capítulo –a partir de una referencia a Hervás y Panduro– la autora se pregunta por la posibilidad de que las palabras sean las generadoras de actitudes o formas de desarrollo cultural. Mas allá de la respuesta, que no encuentra un sentido unívoco, la pregunta encarna un posicionamiento en torno al poder que tenía en el siglo XVIII la producción intelectual sobre la posibilidad de acción de los sujetos sociales.

De esta manera, en el capítulo se analiza cómo lo cortesano (propio de la corte) va tomando forma, diferenciando lo urbano y civil “antítesis de lo rústico bestial o salvaje” (p.36) que, en algunas regiones, derivó en el uso del vocablo cortesía aún usado en el léxico contemporáneo. Refiere también al uso del término política y, por extensión, policía que para la época podía hacer referencia al orden público y el buen gobierno, pero también al “refinamiento de las costumbres, tradicionalmente asociado al mundo urbano” (p. 42). En este sentido, se teoriza sobre el lugar de la urbanidad en la construcción de la política, algo común para el siglo ilustrado. Es frecuente encontrar en la literatura tratados políticos en los que la urbanidad adquiriría fundamental importancia.

A partir de diferentes intelectuales, que Bolufer conoce bien por haber trabajado en otras oportunidades (1994, 1998), se analizan las formas naturales y sinceras que

adquiere la urbanidad en detrimento de otras falsas que le valen la crítica de una parte importante de la sociedad incluidas las mujeres. Intelectuales del siglo XVIII como Feijoo, Jovellanos o Amar y Borbón se mostraron bastante críticos a ciertas formas de adulación. “El ideal ilustrado consiste en una urbanidad desembarazada de formalismos excesivos, que no marque las jerarquías sociales de forma rígida, sino que adopte cierta apariencia de naturalidad” (p. 122).

El segundo capítulo presenta, de modo magistral una inmensa cantidad de obras que en el siglo XVIII se convirtieron en espacios de difusión y discusión de las formas y significados de la urbanidad. Particular énfasis pone la autora en las condiciones de producción de los libros y las motivaciones de sus escritores. La abundancia de las fuentes documentales lleva a adoptar un enfoque amplio que le permite incluir en su análisis los manuales de urbanidad, así como los “tratado de educación y otros textos didácticos, dirigidos tanto a un público juvenil como adulto” (p. 126). Esto le permite a Bolufer avanzar sobre la cuestión educativa y la importancia que adquiere en la época la instrucción en temas de urbanidad, sobre todo en los sectores más acomodados de la sociedad donde “los tratados y proyectos de educación (...) insisten en las deficiencias de una formación –la dispensada en las instituciones, colegios y seminarios de nobles– en la que no se enseña lo suficiente cómo comportarse y desenvolverse con gracia en el trato social” (p. 176).

El análisis sobre el uso educativo de manuales y cartillas, que fue muy extendido durante la segunda mitad del siglo XVIII, le permite a la autora percibir una suerte de mutualismo que se daba entre la Iglesia y la enseñanza en torno a la moral. Los intelectuales de esta centuria impulsaron una serie de proyectos pedagógicos renovadores donde las costumbres, asociadas a los criterios ilustrados de moralidad, se convirtieron en espacios de utilidad pública con un fundamento cristiano. “Así una profusa literatura se propuso proporcionar pautas para regular las conductas en sociedad, denominar y encausar las pasiones, contener y modelar el gesto, modular las palabras y tasar los silencios” (p. 226).

Sobre este último punto avanza el capítulo tercero del libro. En este, la autora se detiene en los usos y apropiaciones de los textos de civilidad. Para hacerlo, recurre a una metodología donde confluyen el estudio de las bibliotecas con un análisis biográfico que se detiene en la vida del sexto conde de Fernán Núñez a fin de interpretar

la forma de leer el mundo de la nobleza. Esto es complementado con una muestra de autobiografías coetáneas que evocan itinerarios formativos en los que se rastrean juicios acerca del comportamiento y las relaciones.

Los estudios que emprende sobre la circulación de los libros entre los autores y lectores llevan a la autora a preguntarse por el uso de los mismos en términos prácticos, aun cuando estos libros o manuales reconocen su futilidad, “es decir, reconocen que aquello que pretenden enseñar no puede en realidad aprenderse en ningún libro” (p. 235). En este sentido, la pregunta por el uso de los libros lleva a analizar las bibliotecas de los intelectuales a fin de intentar comprender la apropiación que los sujetos tienen de los mismos. Claro que, como señaló hace ya un tiempo Roger Chartier (1994), la presencia de los libros en las bibliotecas no implica su conocimiento y menos aún su lectura, se trata en muchos casos de artefactos culturales que se utilizan como símbolo de estatus. Sin embargo, como señala Bolufer, la presencia de determinados ejemplares sí involucra un deseo de lectura, una recomendación o una intencionalidad que sostenía la presencia del libro en la biblioteca.

Si bien como afirma la autora “la literatura pedagógica y, más ampliamente, formativa tiene una presencia importante en casi todas estas bibliotecas” (p.249), los viajes también se constituyeron en una experiencia profundamente formativa en la que los jóvenes aprendían sobre otras formas de sociabilidad que enriquecían su formación. Al mismo tiempo, eran espacios en los que se encontraban culturas y donde la urbanidad adquiría formas distintas de acuerdo a la región. En este sentido, los relatos de viajes (considerados textos en algún punto autobiográficos) son considerados una fuente interesante a partir de la cual poner en evidencias ciertas prácticas que los tratados proponen desde la teoría.

Es sobre esta diversidad de criterios, que se definen en un sujeto diferente al “yo”, que avanza el último capítulo del libro. En este se parte del estudio de relatos de viajeros con el fin de analizar el carácter relativo de las costumbres, sus variaciones en el tiempo y la conciencia que los sujetos sociales tenían de ello. Esta conciencia sobre la relatividad cultural de los usos sociales, entre los que se incluye los de cortesía, adquiere “caracteres nacionales”. Se entiende así no solo como un “criterio de distinción social entre individuos y grupos, sino como un distintivo para medir el grado de progreso de

las sociedades y para construir identidades nacionales (al tiempo que personales y de grupo) basadas, en buena medida, en la comparación con otros países” (p. 329).

Finalmente, a partir de los viajes, el capítulo pone en evidencia algo que se presenta como transversal a todo el libro: la necesidad que se tenía en el siglo XVIII de la apariencia, conducta y conservación en la acreditación del “hombre de modo”. No alcanza con ser noble también hay que parecerlo. Hay en los códigos de urbanidad un código de identificación que vuelve a los sujetos lo que son. En definitiva, como afirma la autora en sus reflexiones finales, se trataba de “un código que (...) crea(ba) formas de identidad y distinción personal y colectiva, mediante operaciones complejas de inclusión y exclusión” (p. 389).

El siglo de las luces fue sin duda el siglo del arte y artificio, de ahí que una obra como la que lleva adelante Bolufer encarne una significativa riqueza en la comprensión de los comportamientos de la vida en común para la centuria ilustrada. El libro nos invita a leer el siglo XVIII en una nueva clave en la que se cruzan miradas historiográficas que plantean superar viejas antinomias y proponer nuevos abordajes para la comprensión histórica.

## Bibliografía

BOLUFER PERUGA, M., (1994). “Josefa Amar e Inés Joyes: dos perspectivas femeninas sobre el matrimonio en el siglo XVIII”. En M. V. LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO (Dir.), *Historia de la mujer e historia del matrimonio: Congreso Internacional Historia de la Familia: Nuevas perspectivas sobre la sociedad europea* (pp. 203-217). Murcia: Universidad de Murcia.

BOLUFER PERUGA, M., (1998). *Mujeres e Ilustración: la construcción de la feminidad en la Ilustración española*, Valencia: Institució Alfons el Magnànim.

CHARTIER, R., (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid: Alianza.

ELIAS, N., (1982). *La sociedad Cortesana*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica.